



Tenías que olvidar...



Es lo que quise crear entonces, cuando — y haciendo memoria detenidamente parece perfilarse una ligera noción de que fue entre unas acacias aholladas con acedra y limón y una cola de pescadilla\* con mayonesa<sup>2</sup> —, hablando de cosas sin importancia o que por lo menos no me importaban a mí pero asintiendo a esto y a lo otro sólo por tratar de no amargarme con que había perdido todo mi día... (ya, no mi dinero, o no todo por lo menos porque sólo llevaba como treinta pesetas, de las de entonces, cuando el paracaídas del autobús; no mi dinero sino mi día), entiendo entre unas cosas y otras, allí, sentada como una tortita en el suelo no (aunque a punto estuve, tan cansada y con aquella sala de espera hasta los topes, pero un joven muy amable que acompañaba a su anciana abuela dijo "pero señora, por favor" y me cayó su asiento) junto a la caja del microondas a la que evito siempre que me es posible el aludir por no mencionar los carakines, ni la sed tan espantosa que me dieron, sino fumando cigarrillos y tratando, usad lo tiene que recordar, de

\*Que fue la parte que entre el marido y ella se repartieron, porque como la prima estaba convaleciente (de lo que no fue cético, pero les entigó a todos un buen justo) él, el marido, usó la "quidante con la parte mocha, que tiene esta molliata"; y aunque protestando porque la prima no estaba acostumbrada a esos ligos y se sentía culpable — que por eso se excusó del detalle, y si el marido se hubiese comido la parte baseosa y entre la prima, y ella la parte de la cola le habría pasado del todo condescendiente — accedió; por eso, sabe que no fue en el pastel donde (o a lo mejor estaría mejor dicho "cuando") cuando quiso reconocer, honestamente y ausinando estética (una parvofida corta por fortuna) toda su responsabilidad y sus la intervención de nada ni de nada más, el marido intervino...

<sup>2</sup> Por eso ella, la mayonesa — porque ella, la prima, había comprado un bote con días para hacer estadísticas cosas, según le dijo, pero luego (aquel día) sus hijos no fueron a comer y "como él" — por el marido — no lo comió porque le resultó muy pesada y para mí sólo era una lástima beber el bote" la podía gustar ella, si la prefería "porque de todas formas — dijo — se va a terminar por colucar"... Que por eso — y así la razón por la que lo recuerda — tomó mayonesa de segundo y no aceite y limón como de primero.

como viene tan de forma del todo demostrable y seguida paso por paso a resultar plausible gracias — y debo reconocérselo — a su razonamiento, sí; y no elevaré, por tanto y en lo tocante a este particular en concreto la menor queja ni ante ninguna instancia competente contra ella; pero, es tan desordenada... o tan ansiosa...

Echa mano indiscriminadamente y con diligencia tan prodigiosa de todo aquello que yo deseo eliminar de mi recuerdo que tengo que andar con

cincuenta ojos si quiero evitar que, antes de ni tiempo tener para tirarlo al cubo de la basura — porque hay veces que anda una en otras cosas y, “bueno, ahora lo tiraré” —, lo agarre ella y se apresure a guardarlo en el cajón que tiene, para él sólo y algún otro importuno de los de su misma condición y especie, reservado en el altillo de la despensa.

Cuando la veo caminar por el pasillo canturreando y limpiándose las manos en la vea quequero, ya, sin poder evitarlo, me pongo en lo peor; y cuando la increpo con “¿qué has guardado?” me contesta con mucho desahogo que deje de andar vigilándola, que ella sabe perfectamente qué tiene que hacer.

Y es que es un poquito soberbia; dominantona el día que se levanta con el pie izquierdo y eso que se lo noto en cuantito con esos gestos suyos tan diligentes, tan seguros de sí mismos, la veo cómo se hace la cama.

“Mal empezamos” me digo para mi coletito.

Así que fui en seguida; en cuantito la vi embebecida en las cuentas a ver si íbamos o no íbamos a llegar a fin de mes — que llevamos toda la vida llegando, pero a ella le gusta asegurarse — salí escopetada a subirme a la silla de la cocina; y allí estaba. Lo agarré por una esquinita y lo iba ya a

tirar en la idea de camuflarlo un poco entre los envases vacíos de yogures descremados y las raspas de unos boquerones fritos de la cena, pero...

– ¿Qué estás haciendo? — Había llegado tan sigilosa que cuando la oí por poco si me caigo de la silla.

– Y si me caigo y me rompo una cadera, ¿qué? — Le dije, por eludir el tema.

– Si no anduvieras donde no debes...

– ¿Qué no debo? — Repliqué — Esta, que lo sepas — le dije, porque a veces me crezco — es mi casa; y no quiero zarrios.

– ¿Zarrio? — Ella, quitándomelo de las manos y desplegándolo, en el aire, como si fuera un telón; y asomando la cabeza por encima — ¿Zarrio este trozo tan estupendo de recuerdo nuevecito?

– “Nuevecito”. “Nuevecito” y sabes tan bien como yo que es una guarrería de pingajo de recuerdo viejísimo.

– ¿Viejísimo esta hermosura? — Lo extiende sobre la mesa de la cocina y le pasa la mano, amorosa, por encima.

– ¿Qué hermosura? — Yo — Es, y lo sabes de sobra, uno de mis recuerdos más odiosos.

– Ya — me corta —; pero porque no sabes apreciarlo.

Y me explica, muy cargada de razón, que a un mal recuerdo se le puede sacar muy buen partido si se tiene un poquito, sólo un poquito, de habilidad y de mano izquierda para utilizarlo.

Firmado:

*Puntoicoma*